

En algunos países cuenta el socialismo con hombres cuya existencia no está sujeta a los va-

venas del salario, y que dedican su actividad, y hasta sus intereses a la defensa del proletariado. En España, hasta hoy, no nos han ofrecido su concurso, para la solución del problema económico, otros hombres que los que admiran las trasnochadas ideas que sobre este asunto profesa la Iglesia católica, encaminadas a amalgamar los intereses de la monarquía y de la aristocracia con los de la clase trabajadora, que es como pretenden que vivan en amigable consorcio las abejas y los zánganos.

En la lucha de clases, si nos fijáramos solamente en el número, y contáramos (que no contamos) con una organización fuerte y adecuada al objeto, preferiríamos el procedimiento revolucionario, la imposición, la fuerza, que es lo que a nosotros se nos aplica. No estando en tan desahogadas condiciones, aceptamos el procedimiento parlamentario para reclamar nuestra participación en el poder político, único derecho que se nos concede a regañadientes en las leyes actuales. Por esto aconsejamos a las entidades directoras del socialismo que hagan uso del sufragio para llevar al Parlamento y a los municipios representantes de la clase trabajadora, aparentando ignorar que en España no existe verdadero censo electoral y que las circunscripciones han sido organizadas con tanta habilidad que, exceptuando dos ó tres capitales, las poblaciones importantes no pueden llevar la expresión de su voto al templo de las leyes, porque ese voto es absorbido por el de los pueblos pequeños con el escandaloso raudal de las actas en blanco y de los chanchullos de los caciques.

Tenemos la vanidad de creer que en la clase trabajadora hay hombres capaces para ir al Parlamento, mejores que los que eligen los gobiernos; pero esta creencia no nos ciega hasta el extremo de aceptar la lucha en el terreno que a nuestro enemigo le conviene elegir. Si la organización del partido obrero no es tan fuerte que le permita sufragar dignamente los gastos de su representación en el Parlamento (pues bastante tienen con los de propaganda, ya demasiado excesivos); si no hay individuos de posición suficientemente desahogada que acepten incondicionalmente todo el programa socialista para llevarlo y defenderlo en las Cortes; y si en España no rige el sistema de las dietas, que garantiza la subsistencia del que abandona el trabajo para convertirse en legislador, cómo han de esgrimir los obreros el sufragio en beneficio exclusivo de su clase, y atendiendo solamente a sus pretensiones y hasta a su vanidad? En este punto es donde resalta la conducta impolítica del socialismo español.

En las elecciones anteriores hemos visto, y quieren repetir el espectáculo en las próximas, que los socialistas, con el pretexto de contarse, separan sus votos de los de la democracia republicana.

—Allí, donde haya socialistas organizados— dicen—deben votarse candidaturas de clase.

Pues si en muy contadas regiones de España hay verdaderos socialistas organizados, y si consideran como tales a las agrupaciones y sociedades que no han aceptado pública y oficialmente el programa socialista, resulta un consejo estrambótico, una imposición intolerable, que no persigue otro fin que el de pistar a los trabajadores.

—En ninguna parte acordamos a la pelea—repite—ilusionados con el triunfo de nuestras candidaturas.

Pues si no les guía la esperanza del triunfo, lo cual significa que no llevan entusiasmo, no vemos que esa labor sea benéfica para el proletariado, y si sólo para las clases conservadoras, para los enemigos de la democracia y del socialismo.

Si los socialistas hubieran dicho: «Allí donde haya fuerzas organizadas para sacar triunfante un candidato nuestro, debemos recabar la cooperación de los demócratas para contrarrestar los abusos y violencias de los reaccionarios; donde los demócratas tengan probabilidades de triunfo, y no los socialistas, allí deben éstos acudir en auxilio de aquéllos; y donde no sea posible la victoria, por falta de número ó por sobra de ilegalidades, allí deben retirarse socialistas y demócratas, para para no autorizar, ni con su presencia, la legalización de la monarquía»; si los directores del partido obrero hubieran dicho eso, podrían blasonar de hombres serios, desinteresados y prácticos; pero lejos de seguir esa línea de conducta, insisten en separar de la democracia a los trabajadores, vuelven a su eterna canción de llamar burgueses a los partidos, y dicen que en el suyo, en el partido socialista, jamás se ha rechazado a nadie por sus creencias religiosas, (1) como si tales creencias fueran compatibles con la moral, con la ciencia y con los fines económicos del socialismo.

Eso es asomar la punta de la oreja. A pesar de nuestra insignificancia, nos permitimos aconsejar a los trabajadores que desojan esos consejos ó reclamos. Estamos todos obligados a combatir por el bien de la humanidad; y atacar, ridiculizar ó calumniar a la democracia, que es la vanguardia del socialismo, es ir contra el progreso, es ir contra la redención del proletariado.

T. GENTIL
(Obrero tipógrafo.)

A cada cual lo suyo

No quiero hablar de elecciones, porque ocurren tales cosas entre nosotros los republicanos, que ocuparse de ellas sería añadir leña al fuego.

Pero si quiero felicitar a los electores del distrito de la Bisbal, el más republicano de España, por haber elegido candidato a José Rubaudonadeu.

Sabedor de la historia de todos nuestros hombres políticos, reuniendo condiciones de entereza, acometividad y energía; radical como pocos y activo como ninguno, llevaría indudablemente la voz cantante de la revolución en el Congreso.

De mí sé decir, que si se presentara donde yo tuviese derecho a votar, lo votaría con preferencia a cualquier otro republicano, por creerlo con más aptitudes que todos juntos para la lucha de apóstrofes, interrupciones y frases sangrientas que hay que sostener en el Congreso, si hemos de ir a alguna parte.

Con él allí, contada sería la tarde en que no hubiese una gran emoción parlamentaria y en que no quedasen por el

ruedo tres ó cuatro monárquicos hechos unos guñapos.

Creo que los correligionarios que lo presentan candidato saben esto, y harán más de lo que puedan por que triunfe. No se duerman, sin embargo, pues no sólo tendrán en frente a los monárquicos, sino a los republicanos que toman el Congreso por Ateneo, y van a él solamente a pronunciar discursos académicos que al día siguiente nadie recuerda, y de los que se les da a los monárquicos tanto como de las coplas de Calainos.

Y se pondrán en frente de él, porque indudablemente estarían soliviantados siempre, no sabiendo por dónde iba a salir el que con una frase podría hacer innecesario el discurso mejor preparado.

Y que produce más efecto una frase oportuna que un discurso elocuentísimo, prueba el que hizo la pronunciada por Blasco Ibáñez contra el ministerio silvelista el día de la disolución de las Cortes. Todas las magníficas oraciones de los primeros espadas de la elocuencia quedaron eclipsadas.

Esta es mi convicción íntima y arraigada desde tiempo há.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a EL MOTIN 4 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

CUENTOS DE LOCOS

EL AMIGO DE DIOS

—¿Quién es aquel? pregunté al doctor.

—Don Leandro Martín Huete, un cesante que se tiró por el viaducto.

—¿Y no se hizo pedazos?

—Porque un albañil tuvo la temeridad de recibirle: los dos fueron al hospital, y don Leandro vino después aquí por orden del gobernador. Padece la monomanía religiosa.

—¿Me permite usted una interview?

—Sin abusar.

—Muchas gracias.

Me acerqué al loco y le ofrecí un pitillo.

Se volvió hacia un sujeto imaginario que suponía a su derecha y le dijo:

—¿Quieres que fume? ¿Que sí? Pues venga.

—Perdóneme usted, ¿quién es este caballero? y señále a la derecha del loco.

—Un amigo mío: Dios.

—Pues ruego a usted que le salude en mi nombre.

—Hace usted bien y lo agradece.

Y colocó su mano sobre el hombro supuesto de aquel dios invisible.

—Este, continuó el loco, ha hecho por mí una cosa muy bien hecha; porque yo estaba perdido porque le digo al señor el por qué.

—¿Que no se lo diga? Pues no lo digo. Y, en fin, que me tiré por el viaducto gritando: ¡maldito sea Dios! Y se me aparece éste, que es Dios, y me dice: ¿y a mí por qué? y yo contesto; pues tú tienes la culpa. Me parece que se necesita estar perdido para que yo contestase de esa manera. Pero, claro está, en cuanto me habló éste volví a la razón, porque me dijo que él no había hecho las penas tan hondas y el viaducto tan alto, y ¿quieres que recé? pues voy a rezar.

Se hincó de rodillas el demente, y yo, para evitar que cambiase de pensamiento al cambiar de postura, me puse también de rodillas y le dije:

—¿Desde entonces son ustedes amigos?

—¡Ca; tenemos las camas juntas. Hasta que vinieron por él, y me pidió que le escondiese, porque le habían conocido y le iban a crucificar, según se acostumbra. Pero se contentaron con traerle aquí, y me he venido acompañándole.

—Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

—¿Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

—¿Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

—¿Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

—¿Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

—¿Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

—¿Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

—¿Entonces es el Señor Dios quien está loco?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué causa?

—Pues porque el mundo que hizo le ha salido al revés.

SILVERIO LANZA.

Otros dos que han caído esta semana: El Acabóse y El Progreso.

¿Cuándo llegará el día en que el progreso le diga a esta chusma restauradora: ¡acabóse!

oigo decir esto, y que no puedo sustraerme en absoluto al maldito pensamiento de que hayan podido ser domésticos los ladrones; pues no se concibe que los extraños, que lo que desean es despaajar pronto, se entretengan en abrir los copones y tirar su contenido, perdiendo de esta manera un tiempo precioso para escapar. ¡Si las hostias pesaran mucho!... ¡pero si no pesan nada! Lo natural sería coger la alhaja y salir corriendo.

Desparramar las hostias por el suelo, (con lo cual agravarían la pena si los cogiesen) más bien parece indicar que se quiere producir un efecto teatral a fin de predisponer a los fieles a rascarse el bolsillo para reponer los efectos desaparecidos, que no deseo de cometer un sacrilegio improductivo.

Y como los ladrones nada ganan con esto, porque casi siempre las alhajas robadas son de oro ó de plata y de gran valor artístico, mientras que las repuestas son de metal blanco, lo cual les quita hasta la esperanza de repetir la suerte, de ahí que yo me abismo en un mar de confusiones y recuerdo sin querer los muchos casos en que se ha descubierto que el ladrón era el propio cura.

Otra observación he de hacer, que hubiera sido una lástima se me quedase en el tintero; y es que los robos de alhajas en las iglesias menudean de tal modo cuando se está incubando una guerra carlista, como ocurrió desde el 68 al 72, que bien pudiera calificarse a los ladrones de infalibles precursores de las hordas tradicionalistas. Esto hace salir de madre el mar de confusiones a que antes me referí, y recordar con más ahínco lo que antes dije que recordaba.

¡Y váyale usted a poner puertas al campo, ni a la imaginación!

El padre Sola ha dicho desde el pulpito en Mallorca:

«La INTRANSIGENCIA es el fundamento de la religión católica y la INQUISICIÓN ha de exterminar las creencias contrarias a los dogmas cristianos.»

¡Colosal, inmenso, estupendo jesuita!

Tú estás en lo firme, tú dices la verdad, tú eres, en fin, el que predicas el catolicismo tal cual es.

Mereces, por lo tanto, que se te ensalce por el ortodoxo y se te ahorque por el inhumano.

¿RELIGIOSA?

Tú fuiste la que a su madre

por el convento dejé,

creyéndote ¡mala hija!

buena esposa del señor.

Tú no lloraste por ella,

mas ella por ti lloró.

Hoy, enferma y sin amparo,

en misera habitación

halla, en otros, los consuelos

que tu ausencia le negó.

Y cuando el momento llegue

de dar su alma al Creador,

gente extraña cerrará

los ojos con que te vió

nacer, creer y dejarla

por eterna reclusión,

sin que ninguna podáis

daros un eterno adiós.

¡Religiosa... religiosa!

¿Dónde está tu religión?

José CARLOS BRUNA

UNA CONVERSIÓN FINGIDA POR CAUSA DE LA COMIDA

Entre tantos inconvenientes como la edad trae consigo, alguna ventaja habíamos de tener los hombres de cabellos blancos. Y esta ventaja, que no es pequeña, consiste en ver venir y no asombrarnos de nada, por extravagante é increíble que parezca. Hemos presenciado tantas cosas, de tan diversos estilos y calibres, que las novedades se acabaron ó casi se acabaron para nosotros. Y allá va un suceso, que aunque parezca cuento, encierra más verdad que muchas historias.

Reinaba tranquila doña Isabel II y aún había de tardar algunos años el pronunciamiento ó revolución de Septiembre, es decir, hace ya bastante tiempo, más viven todavía quienes recuerdan la conversión de que ahora traigo. Por las calles de Cádiz vagaba a todas horas como perro sin dueño un inglés peli-rojo, delgado y de pequeña estatura. Anunciábase como profesor de idiomas y decía que enseñaba inglés, francés, italiano y alemán; pero por falta de discípulos y sobra de boquetes en los desgarrados calzones, solía enseñar algunas cositas, que ciertamente no eran idiomas, ni nada de literatura. Su levitilla raída procuraba ocultar con el cuello levantado la ausencia ó suciedad de la camisa; y desde el parduzco sombrero hasta los rotos zapatos por donde asomaban los dedos como para tocar el piano sobre los adobeques, todo en tal persona estaba con voz muda y elocuente clamando MISERIA. Claro es como la luz que a proporción y consonancia del traje andaría la parte alimenticia, de lo que daba seguro indicio su extrema flaqueza, pues parecía estar estudiando para estoque y hallarse al fin de la carrera. Era protestante, aunque sólo protestaba de su negra fortuna, y con sobrada razón, pues siendo realmente un hombre de ingenio y de no vulgar cultura, hallaba cerradas todas las puertas, sin lograr con su trabajo ganarse un pelazo de pan. Mas como era listo y suele discurrir un necesitado mejor que cien abogados, consiguió poner el pie sobre terreno firme y cambiar su hambre en hartura, su angustia en satisfacción, su tugurio en casa decente y sus harapos en elegancia.

In illo tempore, esto es, por aquel tiempo había en la misma ciudad un señor obispo, que era ciertamente buena persona. No era carlista, ni

conspiraba, ni aterroraba dinero, ni tampoco había inventado la pólvora, pues su talento y ciencia no se hallaban al nivel de sus virtudes religiosas. A cada cual lo suyo: tal es la justicia.

Y aconteció que en día solemne predicaba en la catedral el obispo, sólo para cumplir su deber y no por gusto ni lucimiento, pues él hilvanar un sermón propio, ó tomarlo de memoria si era ajeno, le costaba al pobre señor grandísimo trabajo con fatigas y trasudores de muerte. Mas siendo hombre juicioso conocía sus escasas facultades y jamás presumió de elocuencia. ¡Cuál no sería su asombro al verse interrumpido en mitad de su plática por los gritos del inglés, que de rodillas y con los brazos abiertos clamaba con desaforadas voces:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ya se me cayó la venda! ¡Ya veo la luz! ¡Bendito sea Dios y alabado este santo obispo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Yo quiero ser católico! ¡Ayayay!

En vano le mandaban callar, porque el inglés repetía sus exclamaciones de cada vez más recio; y como no dejaba oír el sermón, hubo que llevarle a casa por fuerza a la sacristía. Terminado su discurso, fué el obispo a verle y hablarle. Entonces el inglés le manifestó su propósito de abjurar el protestantismo para entrar en el gremio de los católicos-apostólicos-romanos y salvar su alma de las garras del demonio; cuyo beneficio incomparable lo debería a la gracia de Dios y a la virtud y elocuencia del señor obispo, a quien proclamaba su protector y padre, abrazándole y besándole, y derramando lágrimas como garbanzos. Ni Talma, ni Molière, ni Lortie en los tiempos de su mayor gloria trabajaron con el aplomo, la naturalidad y perfección del inglés, que si en lugar de aplicarse a los idiomas se hubiese dedicado al teatro, contaría el arte dramático un genio más, y no de los menores.

El obispo, lleno de piadoso júbilo, aturrido y absorbido, creyó como el Evangelio todas las protestas del protestante y le mandó ir a su palacio; pues ya que por la misericordia de Dios había logrado convertirle, quería completar la comenzada obra, siendo en la fe y doctrina católica su instructor y catequista.

A lo que estamos, vuelta de mi corazón. Con la puntualidad de un cronómetro acudió el inglés al palacio del Obispo, quien al verle tan misero y derrotado, le dió para vestirse con decencia y le prometió recomendarle como profesor en varias casas principales donde le pagarían bien sus servicios. Y no fueron ofrecimientos vanos: la influencia del prelado y el ruido de la conversión pusieron de moda a mi héroe, quien al poco tiempo enseñaba de verdad idiomas, y no las carnes a través de los desgarrados vestidos. Desde las ocho de la mañana hasta el oscurecer corría de calle en calle y de casa en casa entregado a sus didácticas labores, pues apenas quedó señorito ó señorita que no sintiese comezón de aprender lenguas extranjeras. Hasta en un centro oficial de enseñanza logró cátedra; y como era trabajador infatigable, ganaba cuanto quería.

A poco de su conversión nadie le hubiera conocido. Aunque nunca fué gordo, echó buen color y carnes medianas: con su traje lustroso y elegante, su bastón con puño de plata, su hermosa cadena de oro y su aire satisfecho parecía todo un marqués ó un rico propietario. Algunas veces refería él mismo su conversión, ponderando la elocuencia del Obispo; pero su acento extranjero y el tono particular con que decía las cosas, no permitían discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba del Obispo y también de los oyentes. Cierta día yo fumaba y él tomaba rapé: sólo había con nosotros otras dos personas. El inglés dijo que antes de convertirse al catolicismo, lo había consultado con algunos varones piadosos, y yo exclamé:

—Conozco muy bien a esos piadosos varones.

—No puede ser: yo no les he nombrado.

—Mira, inglés: tú engañaste al Obispo; pero a mí no me engañas. Los piadosos varones que te aconsejaron convertirte al catolicismo fueron el casero, el zapatero, el sastre y el tendero de comestibles.

—¿Diré para concluir el nombre de mi héroe? Mas ni el hábito hace al monje, ni el apellido a la persona; fuera de que ya murió, y a los muertos se debe paz y descanso. Pero si algún apellido le cuadraba, no era ciertamente inglés, sino viscaíno. Debió llamarse el señor Lagartimendi.

NARCISO CAMPILLO

El hospital civil de Málaga es una mina para la Superiora, francesa, é inviolable (en el sentido de hacer lo que le da la gana. No confundamos las especies por si acaso).

Los empleados no cobran; el producto de la huerta se lo guarda la señora (en pocos días se ha embolsado más de quinientas pesetas sólo por la venta de naranjas y limones); los dementes se visten con la ropa de los muertos, quienes, naturalmente, van al hoyo grande en pelota; en cambio la señora protege hasta más allá de lo justo a cualquiera que se le presenta medio chapurreando el francés.

¿Que si la Diputación provincial ó el gobernador de Málaga saben estas cosas? Ya lo creo que sí. Lo que no saben es remediarlas en nombre de la moral y la justicia.

Crónica rural

NO

Señor don José Nakens.

Querido amigo: El no que antecede lo dicen diecinueve millones de españoles: no sea usted diputado.

Mire usted, yo soy un patán, y no sé explicarme, pero de juro que usted me entiende. Las cosas valen por lo que escasean, y diputados ha habido muchos, y hombres como usted no hay ninguno; conque no le tiene a usted cuenta que le hagan diputado.

A un aragonés le decía el capitán de un vapor:

—¿No se mareó usted?

—¿Yo? ¿pa qué?

Pues eso digo yo, ¿pa qué va usted a ser diputado? ¿Para que le hagan a usted ministro? ¿De dónde? Aquí conocemos a los ministros, pero ni los queremos ni los respetamos, y continuamente se les pone en caricatura:

en el extranjero nadie se ocupa de ellos. Como no hacen nada bueno, se cree que para nada bueno sirven.

Lo que quisieran muchos ministros, diputados y autoridades en ser un Nakens (ya sabe usted que entre nosotros no se adula, porque nunca se falta a la verdad); y como usted teme ser justo por no parecer soberbio, quiero yo decir quién es usted.

Vivimos en este país diecinueve millones y pico de españoles. El pico lo forman unos sujetos que falsean las leyes de la nación, las leyes de la naturaleza y las leyes morales, y nos gobiernan a su gusto, a los demás españoles. Si sólo falseasen las leyes del Estado todo podría marchar muy dulce; pero como falsean las leyes de la naturaleza y las leyes del espíritu, van nuestros gobernantes de desastre en derrota y de vergüenza en oprobio. No se respeta el derecho cuando se cree que ataca al principio de autoridad (que será falso si no concuerda con el derecho); no se respeta la autoridad, y se la llena de cargas ó se burlan descaradamente los compromisos del Estado; no se respeta el sentimiento religioso y se atropella a los librepensadores, y se mezcla a los católicos en las pequeñeces de la política menuda.

Los sujetos que nos mandan, ó creen inocentemente que nos gobiernan muy bien, ó son como los clientes de doña Balomera; esperan que venga la bancarrota, pero creen que no les cogerá, y entretanto se aprovechan de la ocasión.

Pero llegará el momento en que será necesario, para que exista la armonía del mundo, que España viva también sujeta a las leyes de la razón, y de la moral.

Entonces... Ahora caigo en cuenta de que le estoy a usted escribiendo como si estuviera echando un discurso en las Cámaras.

¿Y pa qué? Para nada.

Porque para comprender lo que es usted, y todos los españoles que sufren, y lo que yo soy, es necesario haber sido como nosotros personas decentes toda la vida.

A PEPE NAKENS

(CARTA ABIERTA)

Querido correligionario: La prensa «nea» y en coro con ella la llamada liberal-democrática (ya sabes que aquí se llaman liberales hasta los polvavistas), habla gordo y atronando a los timoratos, para meter mucho ruido entre los que no la conocen, a propósito de la conducta seguida por los insurrectos filipinos para con los muy Reverendos Padres religiosos que aun quedan con vida en el archipiélago magallánico. La misión de estos periódicos fraileños no es otra que la de continuar presentando a los religiosos como mártires del deber que les imponía su «amor a España» y a la salvación de las almas de sus «propios verdugos».

Tarea inútil. Todos sabemos ya—y hasta la vieja y seduda «Epoca» lo declaraba pocos días ha—que la rebelión del pueblo filipino no fue contra España, sino contra la dominación monacal que tantas vejaciones le imponía; contra los abusos del fraile que se hizo insupportable, y contra los excesos de la guardia civil que venía ejerciendo en estos últimos años (por gracia y a gloria de los frailes) de inquisidora, convirtiendo las cárceles en ca abozos del Santo Oficio y aplicando a los pobres indios los tormentos más crueles que pueden imaginarse, tormentos sólo comparables con aquellos otros á que sometieron en Barcelona a los anarquistas, y que nos han valido en el extranjero el nombre de «cruels» y «inhumanos», y en la Cámara francesa el de «barbaros», y el de «inquisidores» en la italiana.

Pudiera abrirse una amplia información—y se abrirá en tiempo oportuno—para poner en claro estos abusos, y seguros estamos que espantará á los más indolentes lo que se ha venido haciendo con los pobres filipinos, á quienes los buenos de los frailes han tratado, durante varios siglos, ni más ni menos que si fuesen alimañas venenosas de los desiertos de Africa.

Desentendiéndose de todas estas cosas los «neas» y sus afines, y como si los frailes fuesen víctimas de injustos vejámenes, ponen el grito en el cielo, por la manera «poco cristiana» (dicen ellos) que tratan á los 400 prisioneros religiosos que los indios retienen en su poder; siendo de notar que en esta obra suelen ir acompañados de algún que otro periódico llamado liberal, que sin duda y por la cuenta que le tenga, hace la causa de los frailes; que esto ha sido siempre muy socorrido en un país como el nuestro, en el que, por desgracia, abundan los hipócritas, los jesuitas y los discípulos del Dios Jano.

Pero vamos al objeto de esta carta.

Tú habrás leído estos días las lamentaciones de la prensa «nea», por el sufrimiento de los frailes prisioneros de los tagalos. A un obispo, nada menos que á un obispo, al de Vigan, le obligan á celebrar diariamente la misa ante el retrato del sabio Rizal, que hoy se encuentra colocado en los altares de todos los templos de Filipinas; á un fraile franciscano lo han paseado por las calles de Cavite con una albarda á cuestas; á otro dominico le han casado, á viva fuerza, con una mestiza, y á otro reverendo lo han tenido varios días enganchado, sacando agua de una noria. ¿Te parece esto bueno? Tú, que eres sencillo y bondadoso, creerás acaso que á unos ministros del Señor, que han sido consagrados por un príncipe de la Iglesia como santos religiosos misioneros, miembros de la gran familia mística de Dios, no se les debe de tratar á la manera que lo hacen los tagalos. Y si tal dices te aconsejo que deseches todo temor y creas firmemente que los tales religiosos merecían más, mucho más por parte de los infelices indios. Todo lo que han hecho éstos con sus verdugos está sobradamente justificado. Te lo demostraré; que no soy de los que hablan por hablar.

A raíz del levantamiento de los indios, el obispo de Vigan capitaneaba á los frailes de Ilocos para simular una gran conspiración por la cual habían de fusilar á más de 80 de los notables del país. Afortunadamente el general Blanco no le quiso dar gusto, y pronto se descubrió el juego del reverendo obispo. Más tarde, al firmarse el pacto de Biacnabat, cuando ya creían los frailes conjurado todo peligro para ellos, el obispo se dedicó á recorrer su diócesis cometiendo todo género de atropellos. Encarcelaba á seglares y á eclesiásticos, dándoles los más crueles tormentos en la prisión; denunció á las iras de las autoridades á indefensos ciudadanos, á muchos gobernadores y capitanes, y á todo el clero indígena de Ilocos. Contra Rizal se desató presentando multitud de denuncias, y no descansó hasta que lo vió fusilado, prohibiendo después los sufragios por su alma.

Los indios dieron con este buen obispo, lo han paseado de un punto á otro, siempre bien escoltado, y le hacen celebrar la misa ante una gran lámina con el retrato del sabio Rizal. Es todo lo menos que han podido hacer con el que, olvidándose de su santa misión de paz y caridad, ha encendido tantos odios, ha torturado tantos cuerpos y ha violado tantas conciencias, denunciando y calumniando á tantos inocentes como han sucumbido en el patibulo ó en el fondo de un calabozo.

Un fraile agustino (no digo su nombre porque tiene familia en Madrid y en Toledo), que parroquiaba en la provincia de la Laguna, acostumbraba á que las maestras subiesen con todas las niñas á su cuarto, después de la misa dominical, para besar á unas, palpar á otras y dirigir epigramas pornográficos á todas. Una maestra se negó á proseguir esta costumbre, y el fraile la reprimió por su «soberbia inobediencia» ante el gobernadorcillo, que era su hermano, encontrando éste bien el proceder de la profesora.

Al domingo siguiente (que era el de la fiesta de ramos) el fraile hizo pasar al gobernadorcillo por la plaza, cargado de una albarda y recibiendo 100 azotes propinados por los guardias civiles, en tanto que á su hermana le cerró la escuela y la mandó á Manila conducida por cuatro guardias.

Los indios han cogido á este buen agustino y lo han paseado varios días por plazas y calles, llevando á su dorso una silla de mulo convencional. Páreceme que no hay motivo de queja, pues aunque también le propinaron algunos azotes, no fueron dados tan duramente como los recibió por él el hermano de la maestra.

En Maragondong un padre dominico había secuestrado vilmente á una pobre india llamada Lucila, joven de buena familia y de la que tuvo cuatro hijos, habiéndola luego abandonado con ellos.

Las nuevas autoridades tagalas han hecho justicia. Cogieron al desvergonzado dominico y desnaturalizado padre y lo obligaron á casarse con Lucila y á reconocer á toda su prole. Y hoy el reverendo amor por allá con el pelo crecido, vestido de chino y convertido á la fuerza en padre de familia.

No me dirás que aquí tampoco han obrado los indios con justicia. Ese buen agustino tendrá que trabajar ahora para mantener á su mujer y á sus hijos, ni más ni menos que como hacen todos los hombres que se precian de honrados. Precisamente habría de hacerse lo propio que con el agustino, con todos esos eclesiásticos que sostienen relaciones amorosas con sus feligresas. Se cerrarían muchos hospicios y habría menos mujeres en la prostitución.

En las inmediaciones de Tambobong, barrio de la Concepción, los tagalos capturaron á otro fraile capuchino que se había distinguido por su avaricia, su lujuria y su ferocidad en tiempos de la dominación española. Completamente desnudo, sin hoja de parra siquiera, lo ataron á una noria, y allí lo tuvieron varios días, dando vueltas como una caballería, con un cartel á las espaldas, que decía en letras muy gordas: «Cometió

todos los pecados mortales y nunca trabajó. Justo es que trabaje ahora».

¿Puedes negarme la justicia con que se ha castigado á este mal religioso? ¡Ah!... La justicia popular no se equivoca. Jamás castiga á un inocente. Por eso la temen cuantos han obrado como la mayoría de los frailes de Filipinas, que en su furor contra los indios no han respetado ni aun á los propios religiosos del país. Los agustinos convirtieron el seminario en prisión, y en ella sometieron á las más crueles torturas á todos aquellos sacerdotes filipinos que habían simpatizado con la revolución.

Al padre Florentino le colgaron por el cuello, después de azotarle bárbaramente.

Al padre Dacanay le dieron hasta 1.600 azotes en pocos días, y en uno sólo le propinaron 400. Las heridas que les produjeron las curaban con sal, pimentón y vinagre. Ni más ni menos que si fuese un caballo de la plaza de toros.

Al padre Cuesta, anciano de 64 años, le aporrearon las espaldas con un bejuco hasta romperle los costillas.

Al padre Carbonell le rompieron la clavícula derecha con un bejuco, y como intentara suicidarse, por no poder sufrir tales castigos, lo metieron en el cepo más de un mes, á ración de pan y agua.

A los padres Espiritu, Mina, Garcés, Guerlan, y otros cuyos nombres no recuerdo ahora, los martirizaron igualmente, y descalzos, algunos sin calzoncillos ni camisetas, los enviaron á Manila maniatados y cargados de cadenas, conducidos por la guardia civil, que hizo más penoso el viaje por el trato grosero y vejatorio que les dió en todo el camino.

El padre Agustín Fernández, agustino, envió al gobernador señor Luengo, multitud de honrados vecinos de San Pedro Macati (y entre ellos á mis amigos Ariarte y Salvador), aconsejándoles que los fusilara, pues (según decía el buen padre al gobernador) «una sangría bastará para sanar los pueblos, verdadero enfermo que, viendo desaparecer dos ó tres de los más caracterizados, sin saber donde los llevarán, los demás se quedarán tan pacíficos».

En todas épocas los frailes han sido lo mismo en Filipinas.

En 1583 se sublevaron contra el gobernador general, Ronquillo de Peñafosa.

En 1635 hicieron lo propio contra don Diego Salcedo.

En 1673 contra Vargas Hurtado.

E 1717 contra Bustamante, al que asesinaron, juntamente con su hijo, dos años más tarde.

Y en 1897 fraguaban otra conspiración, que no llegó á abortar, contra Blanco, porque no quería dar gusto al arzobispo fusilando á diestro y siniestro á cuantos les denunciaban como enemigos de España.

De donde se deduce, amigo Nakens, que el fraile ha sido en el archipiélago el primer perturbador y et-rramente enemigo de España. Si lo dudas puedes leer el libro de nuestro correligionario don Vital Fité, «Las desdichas de la patria», y lo verás demostrado hasta la saciedad.

No quiero molestarte más. Pronto publicaré mi libro «La independencia de Filipinas», y en él diré lo que no cabe en esta carta, ni en cien más.

Tuyo afectísimo,

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Madrid 26 de Marzo de 1899.

Gracia, por justicia

Sufre en Ceuta reclusión militar perpetua, don Antonio Becerra Romero, segundo teniente del ejército, por lo siguiente:

Al ir de voluntario á Cuba, le dieron el mando de un destacamento de 26 hombres que guarnecían el llamado «fuerte del Mulato»; le sorprendió Máximo Gómez con 2.000 y se rindió con los 21 soldados hambrientos que le quedaban. El fuerte no era tal, sino un caserío sin condiciones estratégicas.

Si los causantes de la entrega de Santiago de Cuba y de Manila y de la pérdida de las Colonias hubieran sido ya fusilados, ¿no sería yo el que pidiera indulto para ese teniente; pero estando en libertad casi todos, y castigado ninguno, ¿cómo no interesarme por un desventurado, cuya esposa y seis hijos viven de limosna en Jerez?

Ya que los entorchados hallan gracia, ¿por qué exagerar la justicia con las estrellas?

De la instrucción primaria

Comunmente se cree que la guerra sólo existe donde se oyen disparos de fusil, y este es un error crasísimo; pues hoy, sin estruendos del cañón, ni disparos de fusil, ni ataques á la bayoneta, se sostienen combates de trascendencia, sobre todo en España, donde estamos en guerra sorda, continua y pertinaz, perdiendo las huestes del progreso palmo á palmo y vara á vara el terreno poseído.

El campo de batalla es la primera enseñanza; en ella se realizan luchas que, si no sangrientas, no por eso dejan de ser encarnizadas, sin tregua ni cuartel.

La instrucción pública, á semejanza de otras naciones más adelantadas, se halla en la nuestra organizada de la siguiente manera: primera enseñanza, ó sea la que se da en las escuelas públicas; segunda enseñanza, ó la de los institutos; y enseñanza superior, ó la de las universidades; existiendo además academias, escuelas especiales, normales y profesionales, como las de los militares de mar y tierra, de arquitectos, ingenieros, peritos agrícolas, veterinarios, maestros y maestras de primera enseñanza y otras carreras.

Están bajo la atención y tutela directa é inmediata del Estado todos los establecimientos de enseñanza, menos los de la primera; éstos se puede decir que están medio emancipados de dicha tutela, corriendo á cargo de los municipios y de la iniciativa particular. Pero, desgraciadamente, todo lo que aquí se deja á la iniciativa particular muere por consunción; aquí no se vislumbra más iniciativas que las de la gente de Iglesia; los demás lo esperamos todo providencialmente del Gobierno.

Como en esta sección me propongo decir grandes verdades, algunas de las cosas que diga han de saber á amargo, y la siguiente es una.

Se dice que en España hay muchos republicanos; yo no lo niego, pero afirmo que mientras no haya tantas republicanas como republicanos se supone que hay, y no existen tantos republicanos como hijos tienen los republicanos, la República no será viable en España.

Por lo regular los republicanos, hasta los más exaltados, dejan á sus mujeres en completo abandono en cuestión de obrar, sentir y pensar, y, naturalmente, dada la idiosincracia de la mujer española, ellas caen en brazos de los curas, si no materialmente, moralmente.

Para muchos hombres es un estorbo ó una superfluidad el preocuparse de sus chiquillos; los dejan á cargo de las madres, que con la mayor satisfacción los confían á los curas, á los frailes ó á las monjas; así el baluarte que está en su poder, lo entrega el soldado republicano, graciosamente y sin la menor contienda, á sus mayores enemigos.

Hay más aún; en España existen muchísimos centros republicanos. ¿Para qué? Para hablar hasta desgastarse, defendiendo la República entre sorbo y sorbo de café, mientras su mujer y sus pequeños se van á la novena ó á las cuarenta horas. ¿Es esto sostener bien sus ideales?

Los días llamados de fiesta van los obreros, después de pasar la semana en sus infectos talleres, á distraerse en los lugares de aire enrarecido, mientras sus esposas quedan en casa pasando el rosario y los niños se van á los paules, á los luises, al patronato del niño Jesús ó á otras congregaciones por el estilo. ¿Es así como se propaga el adelanto?

Y basta por hoy.

UN MAESTRO DE ESCUELA PÚBLICA

En el cielo

Hoy en el cristiano cielo hay ratones y alimañas, y cuelgan las telarañas desde la techumbre al suelo.

Lleno de polvo el edén no luce su pedería, y los tarros de ambrosía llenos de pringue se ven.

Los doseles son girones por donde las ratas van. ¿Hasta las nubes están cuajadas de lamparones! Y á San Pedro, en la escalera dice llorando un querube: —¡Hace un año que no sube ni una persona siquiera!

RAFAEL TORRÓME

En todas partes igual

Donde quiera que van los restauradores dan claro testimonio de lo largas que tienen las uñas. En Roma las mueven que es un gusto.

Las propiedades del Estado situadas en la plaza Navon de España, figuran como arrendadas á criados de escalera abajo de la Embajada, al precio de 100 pesetas mensuales, cuando se hallan realmente subarrendadas á un negociante italiano que da 3.000 pesetas al mes.

En las siete basílicas romanas ejerce patronato y provee una prebnda el Estado, pagándola con su dinero, y en vez de disfrutarlas sacerdotes españoles, las disfrutan italianos.

En la Academia Española de Bellas Artes debían hallarse muchos pensionados que no están ni siquiera en la ciudad. Acuden los modelos, cobran 5 pesetas por sesión... no celebrada, y los pensionados se comen alegremente su sueldo sin trabajar.

Doce plazas de estudiantes paga el Estado en la Universidad de Bolonia; los agraciados están en Madrid.

En el Tribunal eclesiástico de la Rota romana hay dos plazas de vocales, una por Castilla y otra por Aragón. Ningún español las disfruta.

En el asilo hospital de Montserrat para españoles, dotado con grandes rentas, ningún compatriota es socorrido ni asistido, ni obtiene auxilios para volver á su patria. En cambio allí se hospedan de balde obispos y magnates del clero español.

Existe una Agencia de Preces á Roma, y hay leyes que obligan á los obispos y á todo el mundo á no tramitar dispensas más que por esa vía. Los obispos, por cima de la agencia y de las leyes, tramitan directamente ó por medio de agencias particulares, é ilegales, ocasionando al Estado un perjuicio de muchos millones al año. Esa agencia no se ocupa ya más que de los Santos Lugares, á los que, sin embargo, no llega un céntimo de la Obra pia. Todo se arregla aquí, en San Francisco el Grande, inmenso manantial de chanchullos desde 1882 á la fecha.

La iglesia de Santiago fué vendida hace poco al gobierno portugués como cosa inútil, enagenación de propiedad española en que nadie se fia fijado.

Supongo que el marqués de Pidal, que conoce todo eso por haber representado á España cerca del Vaticano, arreglará hoy como ministro de Fomento tales irregularidades.

Aun cuando estoy faltando á la verdad; no lo supongo. Pudiera el Vaticano molestarse si se tomaran ciertas medidas de esas, y nuestros ministros lo son del Vaticano antes que de España.

El ayuntamiento de Santa Perpetua pidió la supresión de las escuelas, y le fué denegada.

Lo siento. Teniendo como tienen los vecinos en su magnífica iglesia el cuerpo de San Magín, al que profesan gran devoción, y del que lo esperan todo, nada más natural que digan: el individuo estúpido en el municipio jumento.

La bula de la santa cruzada

Estamos en la cuaresma, y muy justo será recordar la bula de la santa cruzada por si acaso hay algún amigo que no se haya provisto de tan útil é interesante documento, sin el cual—y algunas perras—no puede ningún cristiano comer carne en cuaresma.

La bula de la santa cruzada le fué concedida á los reyes católicos por el papa Julio II en el año 1509, y por el término de tres años, para que disfrutaran de tan inmenso bien los reyes y sus vasallos.

El plazo de los tres años llegó á su término, y se prorrogó de seis en seis años hasta llegar á nuestros días, siempre con la cláusula expresa y terminante, que sus productos habían de ser invertidos en las guerras contra los infieles. Las guerras contra los infieles se acabaron, y los infieles también; pero el impuesto de las bulas, ni las bulas mismas no se acaban, ni se acabarán mientras las cosas vayan como van.

Las cargas afectas á la santa cruzada son:

	Rs. ans.
Al monasterio del Escorial de Madrid.....	80.000
A la cámara de San Pedro en Roma.....	413.602
A la fábrica de San Juan de Letrán en el.....	31.020
Al nuncio de Su Santidad en Madrid.....	120.000

La nunciatura solamente, en el transcurso del tiempo ya corrido, se ha llevado de nuestra desventurada España más de ciento cincuenta millones de onzas de oro, ó sean, más de trescientas cincuenta arrobas de tan ambicionado metal. En fin, solamente las cargas afectas á la bula de la santa cruzada han llevado á Roma (sin contar los ochenta mil reales del monasterio del Escorial) más de mil millones de pesetas; que invertidos en buenos Asilos y Cuarteles para inválidos, nos hubiera dado mejores resultados y no pasaríamos por las vergüenzas que pasamos al ver por esas calles de Dios tanta miseria y desdicha tanta.

José ISONA MIRAVALLES
Benimodo, Marzo, 99.

Otra renuncia

Datos que da un periódico del señor Salcedo, el que quería presentar mi candidatura para el oficio de santo:

Angel Salcedo fué carlista, y lo siguió siendo aun después de ingresar en el Cuerpo Jurídico Militar. Ya era teniente y escribía en «La Fe», atacando con denuedo, como hombre honrado, á la dinastía que le daba de comer y á la que había jurado fidelidad al jurar sus banderas.

Después fué mestizo pidalino cuando ya el carlismo no producía dinero; escribió en «La Unión Católica», de donde lo echaron y se adscribió al oportunismo episcopal, entrando á escribir en «El Movimiento Católico». Habié lo hizo diputado cunero por Puerto Rico, donde nadie le conocía, y secretario particular suyo cuando fué Ministro de Ultramar; luego lo arrojó de su lado, por si unos documentos de gran valor llegaron á ciertas manos sin conocimiento del ministro y con ó sin intervención del Salcedo. Hubo escándalo y una escena de recriminaciones en el Congreso; pero como Salcedo es algo tartamudo, salió perdiendo y quedó aplastado.

El fué, según fama, quien hizo aquel artículo que incomodó á Monescillo y atrajo su excomuniación sobre «El Movimiento», y su hermano, el simpático Paco, que vale más cien veces que él y ganaba en dicho periódico (una peseta) mientras á él le daban veinticinco duros, cargó con el muerto para que el Cuerpo Jurídico Militar no se alarmase.

Fenecido el periódico, nuestro don Angel, que se había distinguido por su odio á los jesuitas, se acogió á ellos y entró en la redacción de la «Lectura Dominical» (otros 25 duros), donde ha combatido y combate á los carlistas, á los mestizos, á Valentin Gómez, y á la dinastía, y al Vaticano si es preciso, obediente y manso como el que más, y exponiéndose á mucho, porque hemos oído que en el Cuerpo Jurídico Militar se ha hablado de esto. Muchos letrados no encontraban correcta esa aproximación y... si no viene Silvela, tal vez habrían hecho con Salcedo lo que se hizo con cierto coronel, crítico de teatros; ponerlo en el dilema de la absoluta ó las cuartillas.

Un hombre así debe ser sagrado en el silvelismo, es el prototipo de lo ducil, sumiso, inaprensivo, humilde, flexible, sin más amigo que el amo, neo, carlista, jesuita... la mar de cualidades.

En vista de los méritos y servicios del caballero que me proponía para santo, retiro mi candidatura. No quiero ir ni al cielo presentado por vividores de ese jaez.

Y aquí tienen ustedes á un español que en una semana ha renunciado nada menos que á figurar como candidato á la diputación á Cortes por Madrid y á la entrada en el cielo que á bien poquísima costa se le facilitaba.

El que sepa de otro que con menos violencia renuncie á gangas tan insignificantes, que me indique dónde está, para honrarme haciéndole una visita.

La reacción en Almería

Estimado Nakens: El número de El Motin que se ha dignado enviarme me ha sorprendido de agradable manera, porque hace tiempo no lo veía por ninguna parte, y creía muerto al mejor y más fuerte adalid de la libertad. Y en estos tristes días de rebajamiento moral, cuando la dignidad humana se cotiza en la plaza pública, las charnadas políticas son tenidas por actos meritorios y los canales que las cometen por hombres de pro, consuelan el espíritu y fortalecen el ánimo hombres como usted y periódicos como el suyo, que demuestran que aun resta alguna vergüenza en esta inmensa casa de Monipodio.

Recomienda usted la suscripción de El Motin á los republicanos que no sean clericales, y yo lo recomendaré, no á los republicanos, no á los socialistas, no á los demócratas, sino á todos los hombres honrados, á todos los caracteres varoniles, á todos los que sienten subir la sangre del corazón al rostro ante el espectáculo asqueroso que presenciamos.

La experiencia me ha enseñado á no fiarme de adjetivos; tras de un título cualquiera suele ocultarse un bacin enorme. El tiempo y la reacción han desarrollado en esta provincia una palingenesia ó renovación brutal que asombra. El gobierno del liberal Sagasta ha regalado á los frailes multitud de edificios del Estado, hoy repletos de vagos de todas clases y colores; la bazofia ó sopa boba ha resucitado reproduciendo las groseras escenas de aquellos tiempos! descritos por Goya en sus cuadros; los niños cantan coplas estúpidas en las que se dan vivas á Santo Domingo y al Rosario; éste se celebra en muchos pueblos por mañana y noche; el sablazo místico está á la orden del día; las viudas ricas toman chocolate con frailes y curas; los caciques cerriles ó rurales obligan á sus trabajadores á confesar y comulgar; las visiones menudean y con ellas los insultos y vociferaciones contra la libertad y el progreso.

A consecuencia de no dar el chapuzón bautismal á un hijo mío, han estado en Roquetas dos frailecos que, después de insultarme groseramente desde el púlpito, se negaron á discutir conmigo y á recibir la carta que les envié incitándoles á una conferencia.

Como si todo lo expuesto fuese poco, en la capital se ve á muchos mamarrachos, masones, libre-pensadores y republicanos feroces de otros tiempos, marchar en las procesiones escapulario al pecho y vela en mano, tan orondos y satisfechos como si jamás hubiesen conocido la vergüenza.

También se observan ciertos abogadetes que in lo tempore buscaron popularidad en los centros obreros, comités republicanos y logias masonicas alardeando de intransigencia en discursos catonianos, convertidos en sacristanes, aliándose á la partida é partido de Fray Polavieja, dando conferencias jesuíticas á ciertos obreros, mirando beatíficamente al cielo y proclamando al catecismo del padre Ripalda como panacea social.

Ante este triunfo de la actual reacción clerical, mucho peor que el carlismo, juzgo, no solo oportuna, sino necesaria la propaganda de EL MOTIN y la fundación en España de una liga anticlerical formada por todos los hombres de vergüenza, llamense como se llamen; basta solo con que amen la memoria de sus padres liberales, perseguidos ó sacrificados por la bestia negra que nos traza, nos explota y nos deshonra.

Así, pues, cuente usted siempre con su mejor y más leal amigo y admirador,

IGNACIO RODRIGUEZ ABARRÁTEGUI
Roquetas (Almería) 28 Marzo 1899.

Síntesis de la mayoría de los sermones pronunciados durante la cuaresma última:

«El liberalismo es la causa de todos nuestros males, y debemos acogernos á la bandera cuyo lema es: Dios, patria y Rey.»

Y liberales, demócratas y republicanos lo han escuchado sin decir «esta boca es mía.»

Indudablemente tiene razón el clericalismo para tratarnos á puntapiés.

PARALELO

Una fría y nebulosa tarde de los últimos días de Noviembre de 1898, veíase á un hombre pobremente vestido, con un saco al hombro, caminando penosamente en la carretera de Colchester á Chelmsford, (Inglaterra.) Su rostro demacrado y su paso vacilante demostraban que aquel desventurado era uno de los muchos desheredados de la fortuna.

A su llegada á Keveldon salióle al encuentro un joven rubio, de rostro simpático y maneras distinguidas. Cambiaron esas palabras sin importancia que suelen emplearse cuando se encuentran dos desconocidos, y siguieron caminando juntos.

El joven apresuróse á cargar con el saco que llevaba su fatigado compañero, y no permitió devolvérselo hasta que llegaron á Chelmsford; allí puso su pobre bolsa á disposición del otro, y le prestó cuidadosos solfichos de hijo cariñoso, sin esperanza de cobro.

El caritativo joven era un judío alemán que marchaba á Londres en busca de trabajo, y sin preocuparse de la religión de su acompañante, no vaciló un momento en practicar con un extranjero desconocido una de las más hermosas obras de los humanos: la caridad.

Siento no saber su nombre para estamparlo con letras mayúsculas, para estímulo y admiración.

II

Una fría y lluviosa noche de los primeros días de Marzo de 1899, veíase llegar trabajosamente, mojado y renqueando, á un pueblo de España, al mismo caminante que hemos visto en Inglaterra. Nada indicaba que hubiese mejorado de fortuna.

Pregunté por el ayuntamiento y se dirigió á él en busca de la caridad oficial. El alcalde no estaba en la casa pública, y le dijeron que no iría tampoco.—Puede usted verle en su casa.

El desconocido llegó á una casa de regular apariencia, arrastrándose y en estado lastimoso, porque la jornada había sido larga. Llamó respetuosamente, y le permitieron la entrada.

—Señor alcalde, dispénsame usted le moleste en su casa; vengo muy cansado y no tengo dinero ni para comer ni para pagar la posada; está lloviendo, y no tengo donde ir. Aquí está mi pasaporte.

Bastaba mirar la cara al desconocido para convencerse que no mentía.

—Lo que tiene usted que hacer es tomar el portante y marcharse inmediatamente de este pueblo, pues si mañana á las 12 le encuentro á usted aquí, la guardia civil se encargará de usted;—contestóle en tono áspero, desabrido é inhumano.

—Dispense usted...

—Ni una palabra más.

El desconocido marchó sonrojado, con

lágrimas de fuego en los ojos, y comparando la conducta de Emilio Pastor, alcalde católico de Cartaya, con la del joven judío á quien encerraron en Inglaterra.

Como supongo que el tal alcalde habrá presidido alguna que otra procesioncita en esta Semana Santa, le dedico este recuerdo en premio á su alcaldada.

RAFAEL LOPEZ

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Protesto contra el procesamiento de un cura de Pamplona, dignidad de aquella catedral, por haber recomendado desde el púlpito que ningún católico vote á los candidatos liberales.

Y protesto, porque si se prendiera á todos los que tal dicen, y á los que, sin decirlo, trabajan en tal sentido, muy pronto no habría en España cien curas en libertad.

¿Y á quien iba yo á moralizar entonces?

Murió en Labarie, un albañil; el párroco se negó á enterrarle, aconsejando á sus amigos que lo cogiesen por la noche en hombros y lo llevasen al cementerio.

Hicieron así, pero de día. Una pobre vieja lo acompañó rezando rezos, y al saberlo el cura la anatematizó duramente.

No ya él, ni los extraños quiere ese cura que recen por los pobres. Gracias á que lo mismo da una cosa que otra. Pero la buena intención se ve clara y patente.

¡Oh vosotros los que tengáis la dicha inefable, que yo no poseo, de creer en otra vida mejor! Haced dinero en ésta, si queréis que os permitan asomar el hocico por allá.

La Correspondencia Militar:

«De la mesa de peticiones de las escuelas católicas de San Luis han faltado, (y siguen faltando) treinta duros».

Se suplica al católico que haya distraído esos treinta duros que los devuelva al amante seno de la Iglesia, que está desconsolada.

Dice, y tiene razón, que esas bromas revelan una educación poco esmerada y que ella se tiene la culpa por admitir en su casa tanta gentuza».

¿Y qué va á hacer? El día que sólo se admitieran en los templos personas decentes ¡qué espantosa soledad!

A los acordes de una armoniosa serenata de regaderas y latas de petróleo, sacaron del pueblo á su párroco los piadosos vecinos de la pacífica Chella.

¿Por qué? Porque no les dejaba vivir á causa de que tenían á su teniente en más aprecio, por sus buenos sentimientos y su gran tolerancia.

¡Oh pastor arrojado por tus ovejas! Mis simpatías las tienes tú, no el que entre ellas se ha quedado. Tú eres el verdadero cura, el que yo amo, el que yo busco, el que me conviene: brutal, fanático, intransigente...

Los demás, los buenos y tolerantes ¡oh! esos no han sido, ni son, ni serán mis curas.

No con musiquitas, ¡ay! sino á cascote limpio, se hicieron del suyo los vecinos de Antella.

Ignoro la causa, aun cuando supongo que no sería por hacer obras de caridad.

Hay católicos tan estúpidos que exigen á sus párrocos hasta que sean virtuosos.

Y como Dios castiga á los que pretenden imposibles...

La teoría y la práctica

Se celebra el septenario de la virgen de los Dolores, y como es natural, el templo se halla resplandeciente de luces.

De las ojivales arcadas cuelgan riquísimos cortinajes de finísimo terciopelo galoneado de oro. En el altar mayor lucen, como las estrellas de una noche de Andalucía, las piedras preciosas que adornan el camarín donde se guarda la sagrada forma, que al entrelazar sus destellos con los que despiden las que cubren el manto de la Virgen, forman una aureola de luz irresistible á la mirada, pero bella y refulgente como el cielo con que nos brinda la religión. Nubes de incienso embalsaman el ambiente y la heterogénea indumentaria de los fieles semeja en cantidad jardín, algo así como el paraíso en donde perdieron su inocencia nuestros primeros padres. Las melodiosas notas del órgano parecen canto de ángeles y serafines, y ante tanto oro, luces, flores, arañas, arte y oraciones se encuentra el devoto más próximo al Dios-hombre que predicó la humildad, dignificó la pobreza y arrojó á los mercaderes del templo.

Sube á la sagrada cátedra el sacerdote que, á imitación de Cristo, ha de inculcar en los cerebros y en los corazones de sus oyentes la moral religiosa, y exclama:

«Amados hermanos míos: El orgullo es la causa de todos los males que sufre la humanidad. El rico se enorgullece con sus tesoros y obstenta descaradamente ante el necesitado su fastuosidad escandalosa.

El de medianos recursos se adorna con galas para engañar á sus semejantes y ocupar en la sociedad un puesto que no le pertenece, porque su orgullo no le permite conformarse con su mediana. Y el obrero, queriendo sobreponerse á la condición humilde con que Dios le ha dotado, pretende salirse de su esfera sin percatarse que no todos son los elegidos para dirigir los destinos de la humanidad.

Si cada individuo se concretase á vivir dentro del círculo que Dios le ha trazado y acatase con santa humildad sus mandatos, y por lo tanto, los de la Iglesia, fiel intérprete de la moral de Cristo é institución fundada por él mismo, todos nos amaríamos como hermanos carísimos, la caridad verdaderamente cristiana sería una realidad, no una manifestación del orgullo humano, y restauraríamos en parte la preciosa sangre que por redimirnos vertió Jesús en la cumbre del Gólgota».

No quisiera más, y como alma que lleva el diablo salté del templo revestido de terciopelos, oro y brillantes, no sin que antes

me advirtiese un sonido argentino la presencia de una bandeja repleta de monedas y billetes, entre dos luces y una imagen del crucificado.

En el pórtico vi arrastrarse ante mí un montón de carne humana harpieto, formado por el obrero sin trabajo, el anciano sin fuerzas y el imposibilitado sin pedía pan. Repartí unas cuantas monedas, y dije á aquellos infelices:—Entrad ahí, que es donde sólo se alberga la caridad y el amor al prójimo.—Una sonrisa, mezcla de amargura y burla, reanimó por un momento la fisonomía de aquellos desgraciados: uno de ellos contestó:—Si la caridad estuviese ahí dentro, no estaríamos nosotros aquí. Porque no está la esperamos á la puerta.

Esta exclamación sencilla, salida de lo más íntimo del alma del pordiosero que, entumecido por el frío y anémico por el hambre, pide una migaja para acallararla á la puerta de un templo en cuyo interior se derrocha el oro sin medida, es bastanta para cegar esa laguna de tersa y cristalina superficie donde naufragan los pobres de espíritu, los ignorantes y los tontos.

JOSÉ MO QUERA CORTON

Frailes falsificados

Para celebrar el triunfo de Silvela y Polavieja, que es el suyo, en breve se reunirán los Padres provinciales de todas las órdenes religiosas establecidas en España, con el objeto de adoptar una medida que les asemeje más aún á los que había antes de 1834: la importación, cria y desarrollo de parásitos en sus trajes.

¡Cuando digo que todo es una mentira y que se nos ha estado engañando! ¡Ahora resulta que ni siquiera tenían piojos!

¡Valientes farsantes! Ni para frailes sirven.

Una denuncia

Excmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia.

El que suscribe, mayor de edad y habitante en la calle del Espíritu Santo, nº 44, segundo, dice, ante V. E., con el debido respeto á la autoridad que representa, expone: Que con ofensa constante á la moral, pululan por puntos tan céntricos como la Plaza Mayor, calles Imperial, de Botoneras y sus adyacentes, y á casi todas las horas del día y de la noche, infinidad de mujeres de vida airada, que se atracan al transeunte por tales sitios cruzando, ofreciéndole *claudios poseen*, á cambio de dos reales por judías.

Pero es el caso, Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, que por los indicados puntos pululan además á casi todas las horas del día y de la noche, y sin salir de ese círculo, elegidos, sin duda, como teatro de operaciones, una colección de vagos, ladrones, timadores, ó como V. E. quiera calificarlos, sin temor á que el título les injurie ni sonroje, por denigrante que sea, que también se atracan á los transeuntes que les parece, ofreciéndoles *sortijas y relojes de oro*, que suponen son robados, y que en consideración á la procedencia, los dan por un módico precio. Y resulta, Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, que aunque es de suponer que sus agentes estén divorciados de estos individuos, á quienes conocen como á los de su familia, hay algunos, que en consideración, tal vez, á hallarse flacos, hacen la *vista gorda*, y alternan y se reúnen en amigable consorcio, dando lugar á que la maleficia sospecha si serán todos miembros de la misma cuadrilla.

En resumen, si el cuadro abigarrado de las primeras es de aspecto tan repugnante como inmoral, y demanda un pronto cuanto eficaz correctivo, el espectáculo que hacen presenciar constantemente los segundos, es escandaloso é inaguantable, impropio de una capital medianamente culta, y cuyas consecuencias, no sólo alcanzan al particular lesionado en sus intereses, sino á los encargados de velar por la tranquilidad pública, á la par que por su propio decoro.

Y... no va más por hoy. Dios guarde á V. E. muchos años.

ALFREDO CARRETERO

El Padre Sanz

Nuestro querido colega Don Quijote ha comenzado á publicar una biblioteca popular, en folletos, al precio de 20 céntimos cada uno.

El primero, titulado *El Padre Sanz*, está escrito por el inspirado y enérgico poeta Pedro Barrantes, que ha vivido algún tiempo entre los jesuitas y tratado íntimamente al que retrata.

Teníamos compuesta, para que nuestros lectores se formasen una idea de lo que valen, cerca de una columna de versos del folleto, gráficis y rotundos, cuando leímos que había sido denunciado... por ataques á la moral; muletilla á que apelan los neos cuando no pueden justificar sus atropellos.

Esto nos obliga á retirarlos, no sin consignar que la sensación producida por el folleto ha sido tan grande, que se habla del próximo traslado de algunos jesuitas por consecuencia de lo que afirma Barrantes.

Buscamos decir que el folleto es busca do con verdadero afán por todas las personas de buen gusto literario, admiradoras de la gallardía en el decir y de la rudeza en el acometer, pues pocas veces, quizás nunca, hemos visto denunciar con tal vigor hechos verdaderamente escandalosos.

La edición ha sido recogida después de haberse despachado á miles los ejemplares. Lo que no me atrevería á decir, porque lo ignoro, es si todos los ejemplares han sido secuestrados. Donde lo sabrán es en la redacción de Don Quijote, Palma Alta, 32, duplicado.

Lo legal y lo justo

Un panadero, que se hallaba solo en su tienda en Londres, fué invitado por un amigo á tomar unas copas en la taberna de enfrente, lo que aceptó, porque desde allí podría vigilar su establecimiento.

A los pocos minutos de estar bebiendo, observó que un hombre escuálido y andrajoso, después de pasar y repasar varias veces por delante de la tahona, entró en ella y salió á escape ligero, ocultando entre sus harapos un pan de cuatro libras.

El panadero y su amigo echaron á correr tras él, y lograron detenerle con ayuda de un policia.

Al otro día comparecieron todos ante el juez.

El hombre, Smith Adams, estaba confeso y los testigos declaraban lo ocurrido. El juez Hawkins preguntó al *policeman* si había tomado informes del preso.

—Es un buen hombre—contestó—que jamás ha sufrido la menor condena; siempre ha trabajado con ardor y se le cita como un modelo de buena conducta. Con su trabajo sostiene á su madre, su mujer, una hermana menor y una hija de tres años. Hace seis meses quebró el patrón para quien trabajaba y se quedó sin ocupación, ha buscado inútilmente trabajo y ha empeñado cuanto tenía. Ni ayer ni antayer comió su familia.

—¿Está usted seguro de todo eso?

—Sgarisimo. Además, aquí están todos sus vecinos para declarar en favor suyo.

Entonces el juez pronunció este fallo:—El detenido está absuelto.—Y volviéndose á él, que se hallaba estupefacto, añadió:

—Smith Adams: es indudable que habéis robado, y el robo es un delito, ya se trate de un pedazo de pan, ya de un reloj de oro. Para la ley no hay diferencia. Atendiendo sólo á mi deber de magistrado, habría debido imponeros la pena de prisión. Pero la ley es muchas veces ciega y brutal, y he considerado preferible dar oídos á mi conciencia de hombre y absolverlos. Ahora me resta obedecer á mi conciencia de cristiano, y he aquí lo que me manda.

El juez pidió su sombrero, y echando en él media libra esterlina, hizo que el hujier lo presentara á los abogados, á los procuradores y á toda la concurrencia. La colecta improvisada produjo más de cien pesetas, y el dinero fué entregado á Smith Adams, que estaba como atontado por la sorpresa y la alegría, y que salió corriendo en busca de su madre, su mujer, su hermana y su hija, las cuales se hallaban esperando pan desde la antevíspera.

—Que me traigan el panadero, dijo luego el juez.

El robado se apresuró á subir al sitio de los testigos, pero á una señal del juez, un *policeman* lo empujó hacia el banquillo de los acusados.

—Detenido—le dijo el juez,—no habéis vacilado en lanzar á la cárcel á un desgraciado que os había cogido un pan, aunque su aspecto miserable os decía bien claramente su espantosa situación. Le habéis expuesto á una condena por ladrón y á verse deshonrado para siempre; obrando así vos, gordo y bien alimentado, porque os creáis en vuestro derecho. En efecto, el derecho estaba de vuestra parte, pero os faltaba la justicia; carecís de humanidad. A pesar de todo yo habría usado de indulgencia con vos, si hace un momento, cuando todos se llevaban la mano al bolsillo para socorrer á ese infeliz, no hubiese visto que dejábase pasar el sombrero sin echar nada. No habéis tenido piedad del que tenía hambre; no tendréis piedad de vos. Todo comerciante, convencido de haber dejado sola su tienda, es condenado á un día de cárcel por una ley de la reina Isabel, en vista de que el hecho del abandono en los hambrientos la tentación. Aplicando esta ley, os condeno á un día de prisión y al pago de las costas. ¡Que aprendan con esta sentencia los que no tienen corazón!

Por este fallo, mientras el ladrón daba de comer á su familia, el panadero robado ingresaba en la cárcel, dudando de la justicia de los hombres y vituperando á la reina Isabel.

Con pocos jueces así, la ley sería únicamente la servidora de la justicia, en lugar de lo que suele ser ahora, su enemiga.

que los ultramontanos están en el poder, me inspiran profunda veneración y respeto.

Únicamente me permitiré hacer esta observación, con todo el respeto debido:

La religión ha estado á salvo en España desde muchos años há; siempre, como quien dice. Y á pesar de esto (en tiempos de libertad acaso me hubieran permitido decir, ó precisamente por esto) hemos perdido todas las Colonias, hasta aquella que los santos frailes dominaban en absoluto.

Y en cuanto á lo de la honra no hay que hablar; hoy no tenemos siquiera la de recordar que la hemos tenido.

No es esto jantes mueren sin confesión, contradecir ni una letra las palabras pronunciadas por el Sumo Pontífice; es sencillamente exponer una duda, por si tiene doctores la Iglesia que me la sepan desvanecer.

¡Viva España!

¡Qué retrecheros han estado las misiones celebradas en Burgos como tributo de expiación por el siglo que ahora acaba! (¿Con qué se comerá esto?)

Han acudido los niños de las escuelas públicas con sus profesores á la cabeza; las niñas llevaban gallardetes, estandartes. Los pendones eran llevados por militares de alta graduación.

Los misioneros predicaron en el Instituto provincial y demás centros docentes. (Como ya van á domicilio, un día que me levante de buen humor voy á contratar dos misioneros para que vengán á distraerme á esta redacción.)

La autoridad eclesiástica ordenó á los comerciantes, (ignoro si bajo pena de asado á la parrilla) que cerraran sus establecimientos durante las misiones, y ellos obedecieron como unos benditos.

Los jesuitas hicieron su agosto vendiendo escapularios y sacaron además á cada maestro de escuela una cantidad.

En fin, una fiesta más para regenerar el país, y desbarallar la vida económica á fin de irnos resacando de esas peores pérdidas sufridas durante los tres años últimos.

Antes de saber esto, había dicho Ives Guyot en un libro recién publicado:

«España es la nación más católica del mundo y sujeta á una dirección de fuerza. No se decide á hacer nada sin el permiso de su confesor, ó pensando en la absolución que tendrá que pedirle. Lejos de tener espíritu crítico, y tratar de darse cuenta de las cosas, se resigna al misterio y cree en el milagro».

Reemplaza el esfuerzo personal por rezos y plegarias. Pide gracia y desprecia la justicia. Estos hábitos constituyen un estado mental que se manifiesta en todos los actos de la vida».

Todo eso lo dice ese franchute por envidia que nos tiene. Y si cree que por eso vamos á incomodarnos, se equivoca mucho.

¡Rezarl! ¡reer en los milagros! ¡Hay nada que ennoblezca más al hombre? No. Ni siquiera el rebuznar.

Que rabien, pues, los extranjeros. Mientras ellos pasan el tiempo en esas tonterías de la ciencia, el progreso, la industria, etc., nosotros rezando, confesando y pidiendo á Dios que nos lleve pronto á su seno; y como no perdemos el tiempo en comer, dedicamos casi todo el día á tan útiles ocupaciones.

Lo repito, que rabien:

Cariños que matan

Pero, señor, ¡qué raza esta de los clericales!

El 19 de Marzo publicó un José Guzmán el Bueno y Padilla, de la Academia de la Historia, un artículo en *El Diario de Córdoba*, fechado en Málaga, y dedicado al esposo de María, en que lo pone que no hay por dónde cogerlo.

En él le llama perfecto y santificado antes de nacer; vicario participante de la paternidad divina; virgen esposo; director de la Eterna sabiduría, que dio á sus obras *cuan to tiene el bien obrar de florido y encantador aprecio*.

También le dice que *abrumó* con su altísimo ejemplo la *sublimidad de sus virtudes*; que su virtud es el modelo incomparable á los reyes, á los ricos, á los obreros, á los pobres, á los esposos y á los padres; que, más exclamación que todos los Patriarcas y Sumos Sacerdotes, *fué custodio del Arca Mariana*, en que estuvo depositado el *verdadero Mandá*; y más afortunado que todos los reyes y capitanes santos de la ley antigua, *cúpole la inmensa gloria de salvar y preservar la vida del Salvador del mundo*.

Y á este tenor continúa barbarizando el de la Academia de la Historia, para acabar llamando á San José, *figura interesante*, y asegurando que *ese digna consolar y socorrer á sus siervos, que los saca de los peligros, les aconseja en sus dudas, les conforta en sus trabajos, cura sus llagas, rompe sus cadenas, les defiende de sus enemigos, les restituye la salud y les libra de la muerte temporal y eterna».*

No niego que todo eso sea y haga San José. Sin embargo, dudo de su valimiento allá arriba. Si lo tuviera para cuanto ese Guzmán el Bueno *¡bueno en qué dice, de seguro lo habría interpuesto para que se quedara manco (de pies y manos) el Guzmán ese*, antes que agarrara la pluma para levantarle esos falsos testimonios.

¡Pobre santo! Entre animales vió á Cristo al nacer; en un *académico de la historia* de la promoción de ese de Málaga, lo condujo á Egipto; en una hembra de esa raza lo vió entrar en Jerusalem; y ahora *¡además el mismo bajo el poder de ese otro académico*. Si tiene realmente gran influencia en el cielo, empléela para impedir que lo pongan en ri-

diculo esos admiradores que, si son bueno de apellido, resultan *perversos* al agarrar la pluma.

¡OH QUE GRAN PAÍS!

El viernes santo se incendió la virgen de Montserrat en Sevilla.

La llevaban en procesión con medio millón de alhajes encima, cayó una vela encendida sobre el manto y ardió como hubiera podido hacerlo la herética capa de cualquier impio.

Se remedió pronto el siniestro, y diz que algunas beatas, que ven sin preocuparse á tantas madres de hijos muertos en Cuba hambrientas y medio desnudas, lloraban desesperadamente.

Un marqués de Paratás, conmovido, abrió en el acto una suscripción para comprar otro manto á la virgen, encabezándola con 1.500 pesetas, suscripción que en menos de una hora ascendía á 10.000.

Siguientemente se acudió al ayuntamiento para que contribuyese con unos miles de pesetas, y la prensa, á la que en esta ocasión me da asco pertenecer, apoyó valerosamente el *sablazo*; que así como nada hay más sucio que la nieve sucia, tampoco hay nada más hipócrita que la prensa hipócrita.

Y mientras en Sevilla ocurría todo esto, en los pueblos de la provincia, y aun en la capital misma, muchos repatriados llevaban dos días sin haber comido ni un bocadito de pan.

Voy creyendo que este es un país de pillos forrados de lo mismo, ó de imbéciles graduados de idiotas, cuando son posibles hechos como el relatado.

La Iglesia se nos come

CONTRASTE EDIFICANTE

Partidas que figuran en los Presupuestos del Estado:

Para la enseñanza de capataces de Minas, *tres mil pesetas*.

Para la casa de Santa Teresa, *cinco mil*.

Para granjas experimentales, *tres mil doscientas*.

Para el monasterio de Montserrat, *diez y siete mil quinientas*.

Para bancos agrícolas, cajas de protección á obreros, auxilios á los impedidos del trabajo, *cero*.

Para el Apostol Santiago, *trece mil pesetas*; para ofrendas imprevistas *veinticinco mil*; para sacristanes de conventos, *cien mil*.

Mientras los términos no se invierten, es decir, mientras no apliquemos á lo que es útil las partidas que asignamos á lo inútil, España no podrá en justicia aspirar al título de país civilizado.

ADVERTENCIA

Si dejase de ir El Motín á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

Vengan datos

No ha llegado á mí la noticia de lo que un vecino de Santander me dice que ha hecho con dos chicos un señor catedrático de moral en una población de España; que si hubiese llegado ya la sabría mis lectores.

Y me resisto á creer que el hecho sea cierto, al menos en la forma que se me indica. Sorprender á un cura con dos chicos dentro de un vagón del material vicio del ferrocarril, al anochecer, interviniendo varias personas, y habérsele echado tierra al asunto, me parece casi imposible, y menos si en la población donde se suponga verificado el suceso, se publica algún periódico.

Por lo tanto, dispénsame el que me ha escrito que no me haga eco de la noticia mientras no reciba pruebas de su absoluta certeza; que además de ser esa mi costumbre, lo requiere doblemente en este caso la gravedad del suceso.

Por lo demás, conste que no me extrañaría que algunos curas siguieran en España el camino que siguen los franceses; podrían contar casi con la impunidad, aquí donde la prensa de gran circulación tiende sobre las faltas de los curas el manto protector de su silencio.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á El Motín

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MOTIN, por «El Motín» Con láminas.

LA INVESTITURA DE PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, Discurso del obispo Strossmayer.

JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.

MONTA SECRETA, ó INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas.

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿CÓMO LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja.

CANTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CANTAS DE TAYLLERAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín».

LA MEMORIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÚSICAS INMORALES de los jesuitas, sacadas de sus obras.

MÚSICAS PORNOGRÁFICAS de los jesuitas, ídem, ídem.

CANTAS EUGENIAS, por Frère.

O CANTOS DE DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LA SESENTA Y SIETE CÉLEBRAS, por F. Laurent.

GRACIAS Á UNA JUNTA de doctores, por las cuales fué quemado en Valaduid en 1931.

CON LA JUSTICIA Y LA INJUSTICIA... CHITROS, por don Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potry (Dom Jacobus.)

LA ESCALVITU Y LA IGLESIA, por Id.

LOS MEJORES SONETOS PIADOSOS, por «El Motín».

CURAS Y AMAS, por ídem.

GRACIAS DE CURAS, por ídem.

MADRID.—IMPRENTA, «LIBERTAD», 29.